

**Contestación al discurso de ingreso de
Don Manuel Bustos Fernández en la Real
Academia de Córdoba.**

Por Juan MORALES ROJAS

Es necesario sentir admiración sincera por una persona para convertirse en su amigo. Antes que amigo de Manuel Bustos, hace ya tantos años que, por él y no por mí, no me atrevo a decirlos, antes que su amigo, fui uno de sus muchísimos admiradores, de los que él siempre fue un excelente coleccionista. El no ha sido nunca, como tantos otros, un artista inaccesible a los que parece más fácil admirar: siempre fue sencillo y sincero; y no de sencillez fingida: la delicadeza de esa impostura no fue nunca adorno artístico para el violinista ilustre que hoy alcanza una nueva meta en su vida, conseguida a fuerza de amar la Música, que en su idea platónica, es la ciencia del orden que eleva a todas las almas hacia lo bueno, lo justo y lo bello y debe ser para el alma lo que la gimnasia para el cuerpo. Lenguaje para la más profunda filosofía si ésta necesitase de sonidos en lugar de palabras. La música, como verdadero lenguaje universal, es «lo eterno y lo ideal» —según decía Wagner—. No se refiere a la pasión, al amor o a la desesperación de tal o cual individuo, sino a la pasión, al amor y a la desesperación en sí.

Cuando Manuel Bustos tenía siete años, comenzó sus estudios en el Conservatorio de Córdoba en donde hizo la carrera de violín con el profesor D. Angel Villoslada.

A los 17 años terminó con primer premio extraordinario; pero ya, desde la niñez, con una vocación innegable y una aptitud de prodigio infantil, actuó como solista en muchos conciertos y en tríos y cuartetos.

En Manolo Bustos, como diría D. Pío Baroja, la Música es un arte que está fuera de los límites de la razón: lo mismo puede decirse que está por debajo, como que se encuentra muy por encima de ella.

Bustos fue concertino del Real Centro Filarmónico Eduardo Lucena,

con quien estrenó «Bocetos cordobeses» del maestro Algaba. En 1.935 fue premio de violín en el Concurso Regional de Sevilla de Unión Radio.

Amplió sus estudios en Madrid con el gran violinista español Antonio Fernández Bordas y con la violinista alemana Elizabet Müller. Al comenzar la guerra española, destinado a Málaga como soldado, entra, como violín 1.º, en Radio Málaga y da conciertos benéficos durante tres años. Ya empieza a sonreírle la fama de la que Dante dijo, con gran desconuelo, que «es como la flor, que tan pronto como brota muere, y la marchita el mismo Sol que la hizo nacer de la tierra ingrata».

El escultor Palma Burgos y el pintor Mingorance llevan a Bustos a las artes plásticas. Aún recuerdo al final de la guerra, aquel busto, expuesto en Córdoba, en que nuestro beneficiario, arrancaba al violín el contenido de su alma joven, enamorada de la vida, de esa vida corta que, en filosofía senequista, resulta bien larga a juzgar por la obra de los que han sabido trabajar bien.

Madrid siempre espera a los que valen, a los que buscan el éxito que sólo se entrega, como el amor, a los rondadores más constantes.

Orquestas pequeñas, teatros, salas de fiestas... Había que situarse en Madrid que, generalmente, acaba reconociendo los valores auténticos: y así, se convierte en violín 1.º de la Orquesta Filarmónica de Madrid que dirigía D. Bartolomé Pérez Casas. Poco tiempo después se organizaba la Orquesta Nacional de España. Bustos recibe el nombramiento de violín 1.º, de manos de su gran amigo el ilustre pianista José Cubiles. La inquietud del artista sólo le permite una estancia de tres años en la Orquesta Nacional adonde sólo el destino, «inmutable e inscrito en el gran libro de la suerte» podría haber descorazonado sus iniciativas y obstruido sus perseverancias; pero artista y destino parecen sustantivos para marchar unidos por la vida. Ya lo dijo el poeta:

«¡Marcha directamente detrás de tu destino,
sin inquirir los días que faltan de camino,
a fin de que la espera no clave sin remedio
en tu ecuanimidad los colmillos del tedio!».

Y el dedo de su destino —índice seguro e implacable en la vida del hombre— marcó la dirección de Córdoba adonde, por aquellos días moría el que había sido su profesor, D. Angel Villoslada. Tal vez el destino de Manolo Bustos se disfrazó en aquella ocasión de nostalgia; tal vez suspiró en Madrid por la quietud, el encanto y la poesía y musicalidad de las viejas y queridas plazas cordobesas; tal vez lo llamó su Córdoba y,

por ella, renunció a otras altas empresas artísticas para las que estaba bien dotado y excelentemente preparado.

Y así, sin sentirlo ni llorarlo, acaso cambió su trayectoria de concertista universal por el ejercicio de una gran pedagogía en las aulas del Conservatorio de Córdoba; pero antes le reclaman de la Alta Comisaría de España en Marruecos y es nombrado profesor de Violín del Conservatorio Hispano-Marroquí en Tetuán donde junto a una gran labor artístico-cultural, nace en él, quizá, la definitiva vocación pedagógica. Da conciertos por toda la zona: Ceuta, Larache, Alcazarquivir, Tánger y Tetuán, en medio de un clima de artista triunfador, le mantienen hasta que, por fin, el año 1948, decisivo para su carrera, le lleva de nuevo a Madrid donde, por unanimidad, en oposiciones reñidas, se convierte en catedrático de Violín del Conservatorio de Córdoba.

El águila cambia de nido. Ahora ya será para siempre, si no el nido de las altas cumbres, sí el nido caliente y confortable, seguro, donde vivirá para transmitir su arte y su sabiduría musical a otras generaciones de jóvenes músicos.

En el año 1.948 Bustos forma un sexteto de cuerda y actúa en el desaparecido Café «La Perla», el de la bohemia un poco pueblerina que giraba toda ella alrededor del viejo café que, naturalmente, ha sido sustituido hoy por el símbolo de nuestro tiempo: el banco. Allí, los poetas jóvenes, los músicos, los artistas que actuaban en nuestros teatros, nos reuníamos a tomar café con media tostada, comentando el éxito o el fracaso de la obra representada o la romanza bien cantada de algún tenor.

Allí los músicos cordobeses. Y los poetas que, sobre el albo y frío mármol de los veladores, aderazaban el común y el sáfico de sus sonetos. Oyendo a Bustos la inquieta zarda de Montis, pensábamos en lo que debieron ser aquellas noches decimonónicas inolvidables de «La Perla», entre músicos y escritores de melena y chalina y capa azul o negra con las vueltas de terciopelo granate y morado. Gentes, en fin, que todavía no habían aprendido a caminar hacia su inexorable destino final con la prisa de hoy... Bustos y su sexteto de cuerda nos hablaban, en aquella extraña página romántica, a tan sólo nueve años del final de la guerra española, de los tiempos calmosos en que oscilaba en nuestras callejas la luz temblorosa del gas.

Tiempos en que el farolero —jaquellos viejos faroleros empertigados de nuestra niñez...!— iba dando vida a los barrios que, tal vez aquella misma noche, sentirían las pisadas de nuestro Eduardo Lucena, adornando su pentagrama, a la luz de cualquier farol arrabalero, con las notas

recién nacidas de su elegante Pavana...

Poco tiempo después, Manolo Bustos, profesor y concertista, creador indiscutible de una escuela perfecta de violín, con una técnica moderna y depurada, dedicado por entero a la formación de sus alumnos, a sus recitales por toda la geografía cordobesa, norte de Africa y provincias españolas; poco tiempo después... el artista se nos casa. Una bellísima cordobesa escribe para él una hermosa página musical de la que nacen sus tres hijos.

Y así ha ido pasando sus páginas el breve historial del tiempo en la vida de Manuel Bustos, ilustrísimo Sr. D. Manuel Bustos desde hoy.

Ha seguido formando alumnos que, al paso de los días, han ido cubriendo plazas en orquestas españolas y cátedras de violín en Conservatorios españoles. Como curiosa anécdota citaremos la de que, al crearse la Orquesta de Cámara de este Conservatorio, todos los violines y violas que la formaban eran antiguos alumnos suyos, menos uno. Actualmente sus dos profesores auxiliares de Cátedra, también han sido sus discípulos. Es socio de honor del Casino de Artesanos de Jaén y lo fue del desaparecido Casino de Labradores de Córdoba.

La Real Academia de Córdoba le nombra correspondiente en Tetuán en 1.947. Durante 20 años ha sido Subdirector del Conservatorio y Director Artístico de la Tuna Universitaria de Córdoba, con la que obtuvo varios premios nacionales. Aún recordamos su ciclo de Sonatas en tres actuaciones distintas en el bicentenario del nacimiento de Beethoven.

Y, renovando su ilusión cada día, Manuel Bustos, total dedicación a su carrera artístico-pedagógica, con muchas horas diarias de estudio y preparación, vuelve a sus conciertos en los que va dejando, como en este que acabamos de escucharle, una estela de suavísimo perfume de arte; un gozo espiritual indefinible; una impalpable emoción, incorpórea e intangible, como la del poeta... porque...

En el violín de Bustos, ya dormida,
Ya en el aire su dulce melodía,
Está la luz primaveral del día,
Y la canción del mar, la amanecida.
La brisa entre las ramas escondida,
La estrofa azul de la mejor poesía,
Algo que hace llorar al alma mía

Cuando el violín escucha estremecida.
No hay más remedio que cerrar los ojos,
Inclinar la cabeza y escucharle
En un silencio de infinita calma.
Y si los ojos se nos ponen rojos,
Es porque Bustos pudo arrebatarme
Con su violín, la paz a nuestra alma.

